

PENSAMIENTO POETICO Y PENSAMIENTO

Jaime García Mafla

RESUMEN

Poeta y filósofo, el autor expone, con acento casi biográfico y en lenguaje predominantemente poético, la experiencia del pensar en la difuminada frontera entre la intuición poética y la intuición, originante o terminal, del quehacer filosófico.

En ambos casos palabra y sufrimiento son casa y semilla del inescindible y multiforme pensar humano, temblor eterno ante el abismo infinito.

Acaso, todo sea preguntar: ¿Qué va desde el misterio hasta aquel a quien se le aparece? ¿Qué de un alma que sueña al encuentro consigo en la vigilia, de los ojos que miran al objeto mirado? ¿Está en el orden del mundo o en nuestro espíritu la posible verdad, que si verdad no llega a ser, al menos asidero? ¿Qué pasa en el poeta cuando idea su poema y qué en el pensador cuando intuye su idea? ¿Dónde está Dios en ese instante, dónde los ángeles, dónde los demonios? Algo, sin duda, tiene que suceder en la naturaleza toda, en el bosque de signos que es el mundo, una luz renovada en las hojas o una rama encendida en la fronda de las almas, un alma nueva y única que es el acto interior y la obra ideada y construída, tal vez una única posibilidad de llegar a ser dueños de un destino. ¿Pero se lo es en efecto? ¿Y cómo es, qué figuras diseño, no caprichosas ya sino seguras, el revés de este tapiz que es nuestra cara al tiempo y a los otros?

Cuando algo nace, hay un instante blanco en la emoción y en la meditación, un espacio o un segundo iluminado por la luz de lo extraño e intocado, iluminado tanto por todo aquello que ignoramos como por los fragmentos que nos hacen, y luz que al mismo tiempo engendra la opacidad eterna. Quien a ese instante accede ha atravesado, en penosa travesía, días y noches en silencio, auroras y crepúsculos tanto en seres y cosas como dentro de sí, y sabe también que, en el inmutable orden del mundo, todo es íntima unión. Estamos separados de aquello que fuera nuestro origen y nos movemos como viajeros sin carta, aunque tal vez, tras la separación, nos quede la esperanza, o, por el contrario, aún conservemos la fuerza de abolirla, para ganar así la libertad, único suelo firme de toda creación.

El salto es del sujeto que es abstracción y abstrae al individuo que da vida a ese instante blanco, por el cual es su mundo lo que se hace, no vive en él sino que es él. Tal vez, el blanco sea el color del vacío y si lo es de algún ser, es del deslumbramiento o la pasión, en cualquier caso no de la pertenencia. Tanto el meditador como el poeta, pues no tienen hogar, son huéspedes de la antigua casa del lenguaje. Allí reciben su alimento; para ambos están por ella abiertas las puertas del misterio, uno para asistir a él y otro para en él oficiar; para ambos la palabra es sagrada y para ambos lo divino es inocuo, aunque ni ella ni éste consigan sostenerle o salvarle, permitir que descanse, por fin, del descampado. Esclarecer en algo y para el propio existir la esencia de los seres o poder ser en la confianza de una esencia cualquiera,

así sea la del propio hundimiento, pues de las sombras nace el canto y el pensar que es sincero debe tender sus manos hacia lo misterioso. Pero nadie preside su destino, aunque se ofrezca, nadie sabe de sí más que saben las cosas, y ellas, por la naturaleza protegidas, permanecen a solas.

Toda obra íntegra, esto es que entregue algo a lo otros así sea el sacrificio de sí misma, para serlo ha de cumplirse en la pureza, de ella ha de nacer so pena y en la pureza del despojamiento, pues únicamente tras la pérdida, la lejanía o el extrañamiento nos es posible el sentimiento auténtico y el único conocer cuya verdad tiene por sola hermana la pobreza; y la pobreza auténtica, ya lo sabemos, no es la falta de algo sino no necesitar; debe, además, venir de vuelta, tras de mirar la nada y conservar en ella su imagen eternamente impresa. “No caeré, he llegado al centro, escucho el latido de un reloj divino a través del delgado tabique carnal de la vida llena de sangre, estremecimiento y jadeos. Estoy cerca del núcleo misterioso de las cosas, así como en las noches nos hallamos, en ocasiones, cerca de un corazón”. La conciencia que crea, lo mismo que la sangre, es latido y fluir, es crecimiento, sea entre desdichas o en la serenidad, tal vez la única aspiración, y la conciencia que contempla hace de sí misma su obra, para poder descifrar en el bosque de los signos y en la desolación.

Acaso, nuestras vidas no sean otra cosa que el sueño de un dios imaginado por el Dios verdadero, y la meditación de un hombre trata de esclarecer el más irreductible por qué que su emoción le impone, una vez se ha tocado a sí mismo en oposición a la realidad. Sí, está ya dicho: no otra experiencia hay, engendradora de lo duradero, que la del sufrimiento, ninguna otra vía para arribar a una verdad posible, sea cual fuere o en quien, del espíritu; aunque también sería igual el valor de la experiencia al del presentimiento, cubiertos por un mismo manto cuanto ya ha sido y cuanto aún no es; idea y palabra, meditación y creación se dan tras el instante de la entrega, que es pasión y lucidez, padecimiento y acto, por los cuales tanto el meditador como el poeta asisten como protagonistas y testigos del drama de su propia aspiración y caída. En todo caso, algo ha de perpetuarse, así sea el deseo de infinito o el afán de abandono, en el convencimiento de que detrás de nuestros seres lo que hay es el vacío, y: “¿si la nada existe, por qué no ha de existir el alma?”